

INTERCULTURALIDAD

*Luz María Chapela**

Lo verdaderamente trágico de la vida es que
olvidamos.
Gerald Brenan

Presentación

Uno de los grandes legados del siglo XX es la resignificación casi universal del concepto cultura.

Apenas hace unas cuantas décadas era común encontrar, en muy diversos ámbitos, personas que aseguraban que la cultura era un atributo de quienes poseían títulos académicos, dominaban dos o tres lenguas, y le habían dado la vuelta al mundo algunas veces. En este marco de pensamiento, había literatura o verbalizaciones que aludían a personas, familias o pueblos "incultos". Como resulta evidente, esta perspectiva justificó todo tipo de incursiones, conquistas y colonizaciones de los cultos sobre los incultos. Las palabras no son inocentes, más acá de los conceptos, las palabras portan ideología y, en gran medida, operan proyectos ideológicos.

Pero resulta ser que en el siglo XX, a partir de esfuerzos, análisis y reflexiones múltiples y multidisciplinadas, los investigadores toman conciencia y se dan la tarea de pensar y resignificar la palabra cultura. Surge así un concepto que habla, entre otros, de la existencia de modos diversos de concebir al mundo, de nombrarlo o de relacionarse con él; de diferentes modos de hablar y de usar el lenguaje, de trabajar y de instrumentar el trabajo, de planear o de entender el tiempo y el espacio. Esta resignificación deja sin validez social el término inculto, legaliza la diversidad y abre todo un nuevo campo para el estudio interdisciplinado.

Al mismo tiempo y desde otra perspectiva, el siglo XX nos hereda otro concepto: la aldea global, con la correspondiente carga de reto, factor e inevitabilidad que conocemos.

*

* Asesora para el Consejo Nacional de Población del Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa y Consultora de Unicef

Más que pretender una construcción conceptual estricta, el presente texto quiere invitar al lector a vincular y relacionar analítica, afectiva y propositivamente las ideas de cultura y aldea global, y a descubrir la inevitable multiculturalidad resultante.

Cultura

Sin el afán de construir una definición, proponemos la cultura, antes que nada, como un concepto complejo y multifacético. Como un sistema en el que interafectan elementos diversos. Como algo vivo que tiene movimiento y que está siempre en proceso.

Podríamos decir que la cultura es un reflejo de la vida de las personas, de las familias, de las instituciones y al mismo tiempo es su sustento, su motor, su paradigma. Es el espacio conceptual en el que, de manera metafórica, aparecen valores, proyectos, conocimientos, perspectivas, relaciones humanas, trabajo, arte o instituciones, por ejemplo. Y es también el espacio en el que, de manera factual, aparecen leyes, normas, edificaciones, instrumentos, productos o vocablos. La cultura es, al mismo tiempo un espacio virtual y de hecho, por un lado anida y sustenta a los elementos que la conforman y, por otra parte, engendra y provoca la aparición de elementos que la expresan y la modifican.

El trabajo, el arte, el pensamiento, surgen de la cultura y al mismo tiempo la definen. Las personas, familias o instituciones que trabajan, piensan o hacen arte, en su pensar y actuar responden a la cultura que les dicta y orienta y al mismo tiempo, con su pensar y actuar, la modifican. La cultura es un sistema en movimiento.

Culturas

Desde esta perspectiva, la cultura está íntimamente relacionada con el movimiento (físico, intelectual, espiritual) de los grupos humanos, podemos decir que todas las personas y todos los pueblos de la tierra tienen cultura.

Encontramos que la tierra está llena de pueblos diversos y, por lo tanto, de culturas diversas que viven, crecen, se reproducen y se desarrollan de múltiples y muy variadas maneras, en espacios diversos, con ritmos diferentes y con sus propios contenidos específicos que las hacen ser particulares. A menos que nos refiramos o a la abstracción general o a una cultura específica, ya no podemos decir "la" cultura. Ahora decimos "las culturas", si queremos ser precisos.

Esta manera de definir el concepto cultura pone a los diversos pueblos de la tierra ante un reto singular: definir con particularidad, sistematizar con originalidad y dar textura específica a sus propios elementos culturales. Para construir así su propia mismidad, para entender, nombrar y expresar aquello que los hace ser ellos mismos y ningún otro pueblo.

La construcción de la mismidad cultural ocurre, entre otros, a partir de las maneras autónomas y particulares en las que cada grupo distinto significa su vida, sus actos, sus productos, sus relaciones, sus proyectos, sus decisiones. Un grupo será más "sí mismo" en la medida en la que tenga construidos más significados

propios, distintos, diferentes. Y por supuesto, en la medida en que los ejercite y exprese.

En contraste con las significaciones de muchos de nosotros, por ejemplo, para los pueblos que hablan alemán la luna es un elemento masculino, mientras que el sol es femenino. Quienes hablan inglés, por la etimología de la palabra window, piensan en el viento cuando nombran a la ventana; mientras quienes hablamos español nos relacionamos con la ventana desde la perspectiva de la vista, de la distancia. Algunos pueblos indígenas de nuestro país, significan el acto de tender la ropa mojada como un juego con el sol: como una invitación que reta al astro a atreverse a venir y robarse el agua de la ropa mojada; mientras quienes hablamos español la colgamos para que quede extendida y suspendida en el aire.

Además, a través de nuestros sustantivos y verbos, también podemos dar diferentes significados a nuestras experiencias. Al caernos podríamos "llegar hasta abajo", "ser jalados por la fuerza de la gravedad", "ir de visita a otro nivel", "sufrir un accidente", "desaparecer por unos breves instantes" o "tropezarnos con alguna trampa que alguien invisible nos puso", por ejemplo. Una mesa podría ser vivida como un trozo de árbol tendido de manera horizontal, un mueble de casa, o una instancia de reunión. Podríamos significar a la muerte como "pasaje", "deceso", "fatalidad", "mutación", "terminación", "inicio", "viaje", "descenso" o "ascenso", entre otros.

Las personas y los pueblos tenemos posibilidades de existencia y acción muy semejantes (nacer, crecer, aprender, expresar, trabajar, son algunas de ellas). Sin embargo, podemos decir que vivimos de maneras diferentes. No puede ser lo mismo estar a la vista de un instrumento que detiene el paso del viento que de otro que permite a la mirada salir de un recinto cerrado; hay una sustancial diferencia entre llamar al sol y dialogar con él, y suspender una prenda en el aire; y no sería, por supuesto, lo mismo hacerle un poema al luno, que hacérselo a la luna. Para la misma vida hay sensibles y profundas diferencias culturales.

Así que cuando hablamos de las culturas, estamos hablando de muchos y muy variados universos idénticos sólo a sí mismos que viven y conviven sobre la tierra.

La aldea global

Al hablar de aldea global, poco podríamos decir que no se hubiera dicho antes. En el último siglo, todos los países de la tierra y una gran parte de sus poblados quedaron comunicados y pueden escuchar al mundo y decir lo suyo de manera inmediata. Ahora puede ocurrir a nivel mundial lo que antes ocurría en el nivel aldea: las personas, los grupos y las instituciones pueden tener lo que tienen los miembros de una familia o de un pueblo pequeño: un trato frecuente y cercano. Porque los medios tanto de transporte como de información y comunicación dieron acceso universal a acervos y archivos y desaparecieron o acortaron las distancias.

El desarrollo particular de la comunicación electrónica abre y pone ante la vista (en ocasiones, al acceso sensorial virtual) índices de valores, catálogos de librerías y bibliotecas, páginas de diarios o de libros de académicos. Y gira invitaciones multi-tudinarias a mesas redondas o conferencias magistrales. Estas

ofertas están, de manera potencial, dirigidas a cualquiera de los habitantes de la aldea global.

Por otra parte y a la manera de las aldeas, las acciones de unos afectan la vida y las posibilidades de otros. Uso del agua y de los recursos naturales, manejo de la basura o producción y desecho de contaminantes, son algunas de las acciones que, como en las pequeñas comunidades, afectan (potencian o reducen) la calidad de vida del pueblo, en el presente y también en el futuro mediato e inmediato.

Esto, que es verdad para una aldea, es también cierto para los habitantes de la tierra. Un incendio de bosques en Malasia tiene consecuencias inmediatas en el Amazonas, las actividades de pesca en las costas de Finlandia afectan en las de las costas Argentinas y sabemos cómo afecta a la temperatura global del planeta la actividad industrial de cientos de países.

En este sentido, no es de extrañar el acelerado proceso de construcción, desarrollo, implantación y arraigo general que ha tenido el vital (valga la redundancia) concepto biosfera.

Multiculturalidad

Los habitantes de la tierra vivimos intersectados. Así como las ondas de radio nos atraviesan siempre y en todas las situaciones, las múltiples culturas inciden en nosotros a lo largo del día (y dirán los psicólogos, a lo largo de la noche).

Para quienes vivimos en las grandes ciudades y para quienes viven en pequeños poblados haciendo uso de los libros, la televisión, la radio, la red electrónica y las tecnologías de punta, nuestra vida ocurre en un espacio multicultural que sienta a nuestra mesa a múltiples diversos y les permite opinar, cuestionar, proponer o recomendar de una manera natural y cotidiana.

Estamos inscritos en la multicultura cuando leemos, por ejemplo, que la culminación de la creación maya no fue la aparición del hombre, sino el nacimiento del sol. Y cuando, al mismo tiempo nos enteramos de que el dios Maquiritare, en realidad no quería que los hombres nacieran, porque disfrutaba mucho al verlos bailar dentro de un huevo en el que los tenía atrapados. Mucha generosidad necesitó este creador para dar vida independiente a la mujer y al hombre que, por buen tiempo, lo habían acompañado con su música y su alegría. ¿Qué pensamientos nos desata esta multimanera de concebir una misma creación? Por lo pronto, tal vez a muchos les anime a salir en busca de otras creaciones simultáneas.

Estamos inscritos en la multicultura cuando tenemos al mismo tiempo y en la misma ciudad modernos edificios inteligentes de once pisos que funcionan con únicamente tres o cinco empleados; sólidas fortificaciones institucionales con una red de burócratas que nos tienden mil trampas y nos impiden el paso; y ligeras construcciones con flores y colores alegres en la que otro ejército, esta vez de edecanes, salen a recibirnos crédito en mano.

La multiculturalidad implica, además de una demostración de la infinita creatividad humana, la presencia significativa en nuestras vidas diarias de muchas y muy diversas maneras de, entre otros, trabajar, relacionarse, producir o hacer arte.

La multiculturalidad, hasta donde parece es un hecho que llegó para quedarse.

Interculturalidad

Con toda esta multiculturalidad algunas veces en el corazón, otras veces en la cabeza y muchas veces a cuestas, los habitantes de la aldea global vivimos nuestra vida diaria.

Podemos avanzar un paso más, podemos entrar al reino de la interculturalidad, es decir al espacio en el que estas muchas culturas dejan de correr paralelas, se intersectan entre sí, afectándose.

Hablar de interculturalidad es hablar de sistemas. Es reconocer, identificar y nombrar una serie de elementos que tienen movimiento propio, que forman un conjunto y que se intersectan. Un conjunto de elementos que se afectan el uno a otro en diferentes grados y que, precisamente, definen al sistema a partir de sus movimientos y sus atracciones diversas.

Para que la interculturalidad sea, es necesario concebir la vida múltiple de muchos. Quien piensa en interculturalidad tiene que desechar la fantasía del "ya", del punto final, del descanso de la llegada. Y tiene que aprender a vivir con y en movimiento constante como bien nos lo cuenta la termodinámica.

Sin embargo, lo que aparentemente podría entenderse como caos, cobra estructura y propósito unívoco cuando se organiza a partir de una idea fundante: la autonomía.

El concepto autonomía da sentido a la interculturalidad, la ordena, la pondera, la conduce hacia un rumbo único, distinto del rumbo específico que tiene cada uno de los elementos del sistema en movimiento.

Sin el afán de definir, podríamos decir que la autonomía implica la capacidad de dar un significado propio, un orden y una dirección distinta y personal (o grupal) al movimiento de la vida. Implica por lo tanto, la capacidad de plantearse para uno mismo un conjunto de valores y principios y un proyecto específico que marque tiempos, rumbos, destinos y decisiones.

La autonomía permite que la vida multicultural e intercultural enriquezca, fortalezca, amplíe horizontes y potencie las propias capacidades. Y evita que la fuerza de las culturas y de sus interacciones arrastre tras de sí los proyectos y las propias intenciones.

Ahora bien, la intersección de las culturas es un evento complejo que implica el punto de encuentro de puntos de vista, creencias, conocimientos, anhelos, interpretaciones, relaciones, técnicas, historias, procesos, entre otros; y el campo de intersección es siempre el hombre: la persona y los grupos humanos. La multiculturalidad es un dato factual. La interculturalidad es un trabajo intelectual, afectivo, muchas veces físico y siempre valoral que requiere del procesamiento de la mente y la sensibilidad humanas.

En el mejor de los escenarios posibles, el trabajo de interculturalización tendría que ocurrir dentro del marco de la autonomía, alentado por el deseo de desarrollo; instrumentado por la capacidad humana de arriesgar, sobre la base de un conocimiento claro del "sí" mismo, de los recursos, las carencias y las posibilidades y del propio proyecto cuidadosamente diseñado, y fortalecido con la capacidad siempre informada y actualizada de detener, impedir o desechar lo que puede caracterizar a los seres y a los grupos humanos.

Para que las "múltiples culturas interculturadas" respondan a las necesidades y fortalezcan las potencialidades de personas, familias, pueblos y naciones, hace falta el apoyo de la información actualizada y de la revisión permanente de las propias historias, proyectos y significados. Hacen falta múltiples y variados interlocutores que nos permitan hacer ponderaciones y relaciones y califiquen nuestras decisiones. Hace falta también, imaginación y creatividad, que permitan tomar elementos de otras culturas, relacionarlos entre sí, modificarlos y volverlos nuevos y propios productos culturales. Falta en fin, autonomía, que nos permita saber porqué para qué, desde dónde, con qué y con quién queremos tomar algo, transformarlo, apropiarlo, y que nos permita identificar aquello que deseamos evadir de manera indirecta, detener de manera directa o expulsar, con uso y gasto de nuestros recursos acumulados.

La idea de interculturalidad es eminentemente inquietante y humana. Más que callada, es sonora: su sonido es el de la boruca que alborota. Como si fueran juegos de artificio, la interculturalidad lanza a la noche del tiempo palabras, ideas, conceptos, valores, técnicas, estrategias, proyectos o perspectivas, que pueden intersectarse con velocidad, cadencia y rumbo propios o pueden ser intersectados selectiva, creativa, positiva y autónomamente por las personas y los grupos humanos.

¿Qué podemos construir con todo esto?

En un mundo en el que los medios de información, educación, transporte y comunicación han puesto a circular "todas" las historias, valores y conocimientos del mundo, tenemos en el aire (real y virtualmente) una danza infinita de culturas (paquetes integrales) y de elementos culturales. Nos guste o no, esto no es ni un paradigma ni una amenaza latente, es un dato, un hecho dado. Refugiarnos en nichos de culturas asépticas resulta (real y virtualmente) imposible. Estamos expuestos al ruido, al movimiento.

Como siempre, el movimiento invita a la construcción. Desde el punto de vista de la educación, la interculturalidad es una situación tan privilegiada como privilegiado puede ser un espacio universitario, un congreso mundial o una biblioteca abierta.

Desde el punto de vista de la información, la intercultura pone en boca de muchos términos, geografías, ideas, puntos de vista, experiencias, situaciones. Pone sobre la mesa de muchos una abundancia de datos, trae a colación materias, materiales o ejes temáticos. Abre acervos especializados e invita a un público amplio a hojearlos, a conocerlos, a admirarlos. La información ofrece amplitud, detalle y abundancia. Propicia la comparación y el contraste y al hacerlo, invita al diálogo y lo nutre, valida diferencias, sugiere preguntas, relativiza datos.

Desde el punto de vista del conocimiento, la interculturalidad ofrece elementos que propician el cuestionamiento de modos de actuar y organizar, de instrumentos, paradigmas o relaciones. Favorece la posibilidad de intuir, de presentir lo oculto, de sospechar nuevos sentidos y nuevas realidades (intuye más quien conoce más significados para un mismo concepto). Invita a la propuesta, la

contrastación, la comprobación y el debate. Hace del estado constructivo un modo de vida con sentido propio.

Desde el punto de vista lúdico, la interculturalidad rompe con la certeza que trae consigo lo unívoco, lo predeterminado, invita a la propuesta, sugiere la construcción de reglas no válidas por sí mismas sino adecuadas al caso, abre espacios amplios para la aventura, el vértigo, la risa y la sorpresa.

Desde el punto de vista de la expresión personal (y grupal), de la comunicación entendida como diálogo, la interculturalidad propicia el que los comunicantes entiendan que cada interlocutor tiene especificidad propia, que a cada quien hay que hablarle con lenguajes, formatos y texturas diversas. La asertividad, el uso de lenguajes plurales, la selección cuidadosa de los vehículos en los que viajarán los mensajes, el ritmo y cadencia de los mismos, o la conciencia de que, para recibir acuse de recibo o respuesta hay que esperar tiempos diversos, están presentes en la conciencia y en los actos de quienes se comunican de manera intercultural.

Desde el punto de vista de los valores, quien asume la interculturalidad asume también la arbitrariedad, es decir el arbitrio particular de cada grupo, la decisión parcial y contextualizada de dar un cierto sentido y no otro a la vida. Asume por lo tanto, el derecho universal que tenemos todas las personas de la tierra de rescatar nuestra memoria y significar nuestros actos y relaciones de acuerdo a nuestros propios principios y a nuestros propios conceptos de bien deseado, de calidad de vida. En este sentido, la interculturalidad trae consigo un triunfo de la democracia, la libertad y los derechos humanos estructurales.

Prioridades

En este marco, tendríamos que abrir un debate público amplio e incluyente destinado a hacer la diversidad, a volver evidente la presencia legal y saludable de códigos, ideas, proyectos y situaciones diversas. Tendríamos que generar una valoración informada y debatida del concepto intercultural. También tendríamos que volver visibles y específicos los intercambios culturales que ocurren a diario.

Tendríamos que propiciar, al interior de nuestras propias culturas, una reflexión analítica y ubicada en el contexto actual, en busca de nuestra propia identidad y de nuestros valores estructurantes. Tendríamos que encontrar las necesidades más urgentes de resignificar objetos, instrumentos, acciones o relaciones, para que nuestros valores sigan teniendo vigencia operacional. O las necesidades de soltar elementos que ya no son relevantes: así como las embarcaciones sueltan su lastre, para viajar con ligereza -Italo Calvino en sus Recomendaciones para el Próximo Milenio nos lega una bella apología de la ligereza. Tendríamos que buscar nuevas maneras de entender y organizar la vida diaria que opera nuestros valores culturales, y expresa la identidad que nos define.

Tendríamos que ubicar la interculturalidad en el amplio y fecundo marco de la diversidad para reconocer, en esta última, una fuente dinámica de movimiento, nutrimiento y horizontes más amplios.

Tendríamos que distinguir con claridad y valorar la oferta intercultural que existe en nuestro país cuando de pueblos, lenguas, comunidades académicas,

geografías, proyectos, historias, procesos o producción artística se trata. No podemos olvidar que vivimos en un país en el que –gracias a los ojos inquietos de la intercultura– una serpiente puede ser al mismo tiempo un reptil ofidio, un enviado del mal, una fuente ondulante de medicamentos, la que es capaz de abandonar su propia piel para renovarse, el cuerpo de Quetzalcóatl o la evidencia misma del eterno retorno.

Tendríamos que entender cabalmente que los nuevos modelos económicos, junto con los medios de información, educación, comunicación y transporte, han trastocado en las personas y las comunidades conceptos estructurales como tiempo geografía, salud, recursos o trabajo, por ejemplo. Tendríamos que reconocerlo, para evitar caer en la ignorancia informada que nos proponen los medios masivos, para evitar que lo nuestro se vuelca intrascendente, para cuidarnos de la servidumbre o del (inducido) consumismo de cosas o de datos. Tendríamos que encontrar nuevas maneras de vivir con desarrollo y autonomía, de acuerdo a lo que nos piden nuestra memoria, nuestro momento y nuestras ilusiones.

Tendríamos en suma que repensarnos para encontrar en nuestra identidad clasificada la fuerza suficiente que nos permita usar con libertad nuestros propios recursos (el tiempo, por ejemplo) y poner sobre la mesa una matriz propia dentro de la cual tomar las decisiones de uso, producción, desecho, reproducción o apropiación cultural que, por derecho propio, nos competen.